

“El conflicto va a venir”. El reformismo estudiantil universitario en Chile, 1957-1967

Cristóbal Karle Saavedra

Universidad de los Andes, Chile.
cristobal.karle@miuandes.cl |  0000-0002-1557-8492

15

Resumen

La Reforma Universitaria en Chile, que comenzó en 1967 y duró hasta el golpe de Estado en 1973, fue decisivamente impulsada por el movimiento estudiantil universitario, que durante varios años construyó una propuesta alternativa al modelo de universidad entonces vigente. Esta propuesta, cuyos ejes principales eran la modernización, la democratización y la apertura al entorno social de las universidades, fue implementada en general por todo el sistema universitario luego de 1967. Este artículo propone comprender la Reforma como el resultado de un proceso de elaboración política, intelectual y estratégica que transcurre entre 1957 y 1967, cuando el movimiento estudiantil consolida progresivamente una orgánica nacional representativa, una conducción política coherente, un programa reformista claro y detallado, y una creciente capacidad de movilización de las bases estudiantiles. Por medio de la revisión de fuentes primarias y secundarias, se construye una periodificación estilizada de este proceso, relevando las transformaciones internas del movimiento estudiantil en el período y analizando sus consecuencias. Por último, se concluye afirmando la importancia histórica del movimiento estudiantil como un actor dinamizador en la historia política y social de Chile.

Palabras Clave:

Universidad; Movimiento Estudiantil; Reforma Universitaria

“Conflict is going to come”. University Student reformismo in Chile, 1957-1967

Abstract

The University Reform in Chile, which began in 1967 and lasted until the coup d'état in 1973, was decisively driven by the university student movement, which for several years constructed an alternative proposal to the then-current university model. This proposal, –whose main axes were modernization, democratization, and the openness to society of universities– was implemented throughout the Chilean university system after 1967. This article proposes understanding the Reform as the result of a process of political, intellectual, and strategic development that took place between 1957 and 1967, when the student movement progressively consolidated a representative national organization, coherent political leadership, a clear and detailed reformist program, and a growing capacity to mobilize the student base. Through a review of primary and secondary sources, a stylized periodization of this process is constructed, highlighting the internal transformations of the student movement during the period and

analyzing their consequences. Finally, the article concludes by affirming the historical importance of the student movement as a dynamic actor in Chile's political and social history.

Keywords:*University; Student Movement; University Reform*

Introducción

La Reforma Universitaria en Chile, desarrollada históricamente a partir del año 1967 e interrumpida por el golpe militar en 1973, ha sido objeto de numerosas investigaciones tanto de carácter general (Garretón y Martínez, 1985; Huneeus, 1988; Cifuentes, 1997; Casali, 2011), como centradas en la especificidad de diferentes universidades, tales como la Universidad de Chile (Huneeus, 1973; Salcedo, 1975; Agüero, 1985), la Universidad Católica (Cousiño, 1980; Cox, 1985; Scherz, 1988; Bernedo, 2017; San Francisco, 2017), la Universidad Técnica Federico Santa María (Maldonado, 2025), la Universidad Católica de Valparaíso (Allard, 2002), la Universidad Técnica del Estado (Ireland y Rivera, 2016), la Universidad de Concepción (Monsálvez, 2022) y la Universidad Austral (Flores, 2008), entre otras.

16

En general, aunque la idea reformista se encontraba presente en Chile y América Latina –donde, en algunos países, había logrado sustantivos avances– desde principios de siglo (Portantiero, 1978; Dip, 2023), la Reforma Universitaria chilena se caracterizó por el esfuerzo en combinar y acompañar tres orientaciones. Primero, la democratización interna de los planteles, permitiendo a estudiantes, trabajadores y académicos participar de forma vinculante en la elección de autoridades unipersonales y en los órganos colegiados de administración y deliberación. Segundo, la vinculación con su entorno social, abriendo sus programas, su matrícula y sus iniciativas de extensión a grandes segmentos de la población que hasta entonces habían estado excluidos. Tercero, la modernización académica, que implicó modificaciones sustantivas en la estructura de las cátedras, la organización administrativa de las universidades y las modalidades de enseñanza.

Este proceso –y sus transformaciones estructurales asociadas– se llevó a cabo en el conjunto del sistema universitario chileno, aunque de forma asimétrica en su profundidad y su trayectoria dadas las características específicas de cada una de las instituciones y su contexto, hasta ser interrumpido y revertido por la fuerza en todas ellas por la acción de la dictadura militar, que determinó intervenir las universidades, designando en cada una de ellas a rectores delegados –integrantes de las Fuerzas Armadas– e iniciando en ellas un proceso de “contrarreforma” que, sumado a la nueva Ley General de Universidades promulgada en 1981, determinaron un viraje radical en las políticas que habían sido impulsadas durante los años de la Reforma, a la vez que se mantenía una intensa represión sobre las comunidades universitarias (Garretón y Pozo, 1984; Estrada, 2023).

Una característica común y decisiva en el inicio de la Reforma Universitaria en Chile –que todas las fuentes, sin excepción, recogen– fue el protagonismo del movimiento estudiantil, declaradamente “reformista” –partidario de una Reforma Universitaria–,

fuertemente movilizado, politizado y portador de proposiciones concretas elaboradas en torno a las transformaciones que defendía. Como señalaría Fernando Castillo Velasco (1978), rector democráticamente electo de la Universidad Católica en este período, “los alumnos tuvieron que encender la mecha para provocar la Reforma: tal vez porque eran más jóvenes; quizás por su compromiso cargado de generosidad; y también, seguramente, porque ellos poseyeron la audacia de la hora, y la lucidez de hacerse responsables. [...] Lo que los estudiantes hicieron, como lo sabe Chile entero, fue provocar las condiciones para que la Universidad eligiera a sus propias autoridades, desencadenando así un vasto proceso de transformaciones universitarias”. Sin embargo, este rol de liderazgo primario no fue meramente circunstancial ni espontáneo. Si bien los estudiantes protagonizaron en esta época movimientos de gran importancia en otras partes del mundo, el proceso chileno destaca por su capacidad de impactar directamente en las instituciones, y por hacerlo a través de organizaciones representativas formales. Describir, analizar y comprender el origen, los determinantes y los rasgos centrales de este protagonismo es, por tanto, el objetivo del presente trabajo, y su principal aporte a la literatura existente.

En este sentido, este artículo plantea que el movimiento estudiantil chileno, organizado políticamente en torno a federaciones universitarias con un alto grado de institucionalización (Bonilla y Glazer, 1970; Huneeus, 1987), desarrolló entre 1957 y 1967 un intenso, aunque no estrictamente lineal, proceso de acumulación política, social, cultural e intelectual que prefigura, y sin el cual resulta imposible comprender, el proceso de Reforma Universitaria en su especificidad histórica. Este proceso fue vehiculado principalmente por la Democracia Cristiana Universitaria (DCU), cuya hegemonía a nivel nacional permitió dotar de coherencia a la deliberación interna del movimiento reformista, a sus propuestas, vocerías, formas de organización y planteamientos estratégicos, no obstante la creciente y también decisiva participación de los sectores de izquierda (Ponce, 2014; Duharte, 2022). Así, se propone establecer una periodificación estilizada de este proceso en tres etapas: la primera, de articulación y consolidación orgánica (1957-1960); la segunda, de elaboración y discusión estratégica (1960-1964); y la tercera, de radicalización y ejecución reformista (1964-1967).

En cuanto a las fuentes, este trabajo es el resultado de un extenso proceso de revisión y examinación de material de fuentes primarias (boletines y periódicos estudiantiles, medios de prensa, documentos oficiales) y secundarias (trabajos e investigaciones previas), que permiten contextualizar, precisar y definir los contornos del fenómeno, haciendo posible una descripción analítica como la que se presenta a continuación.

Este artículo se estructura de la siguiente manera. Primero, luego de la introducción, se exponen una serie de antecedentes respecto al sistema universitario chileno y el movimiento estudiantil, ofreciendo una caracterización del mismo, una síntesis de su trayectoria histórica hasta 1957, y una breve contextualización del reformismo universitario en perspectiva latinoamericana y global. Segundo, se exploran y analizan los sucesos de la primera etapa de la periodificación, marcados por la revuelta de abril de 1957 y cambios a nivel de las fuerzas políticas que operan al interior del movimiento estudiantil. Tercero, se replica el ejercicio con la etapa que transcurre entre 1960 y 1964, dando cuenta de la elaboración ideológica y estratégica del movimiento en esta fase, marcado por una consolidación del

ideario reformista, una mayor sofisticación de las propuestas y una hegemonía política amplia de la DCU. Cuarto, se describe y analiza la etapa entre 1964 y 1967, en la cual el movimiento radicaliza sus planteamientos –al calor y en conjunto, también, a un crecimiento importante de la izquierda en los campus– y finaliza en el desencadenamiento de la Reforma Universitaria en 1967. Quinto, y finalmente, se presentan algunas conclusiones y reflexiones finales, además de consignar sintéticamente el desarrollo posterior de los procesos descritos en los apartados anteriores.

Antecedentes

Desde sus primeros esfuerzos de consolidación orgánica en las décadas finales del siglo XIX, el movimiento estudiantil se ha constituido como un actor fundamental en las luchas políticas y sociales de América Latina (Rodríguez-Gómez, 2019, p. 51). En Chile, aunque su irrupción pública fue algo más tardía que en países como Argentina, rápidamente el movimiento estudiantil, sus organizaciones y sus principales dirigencias, captarían la atención del público general y convertirían a las principales instituciones de educación secundaria y terciaria en espacios de confrontación en torno a los conflictos de la sociedad, así como a la problematización de las propias contradicciones del sistema educacional chileno.

Desde un punto de vista conceptual, cabe entender al movimiento estudiantil como el entramado de organizaciones, prácticas, estructuras institucionales y repertorios de acción que se constituyen y vertebran con referencia a la representación del cuerpo estudiantil en su conjunto –o un segmento de él– dentro de un espacio y en un contexto social determinado. Bajo esta definición, es posible afirmar que el movimiento estudiantil “es, o se constituye fuera de la voluntad de sus agentes, integrantes o protagonistas y que su ‘carácter’ está en permanente definición y su dirección (política, social o cultural) en permanente disputa” (Moraga, 2007, p. 53). Así, no obstante es posible registrar actividad contenciosa con regularidad espasmódica por parte de estudiantes en el siglo XIX chileno, es en la primera década del siglo XX cuando la constitución de las primeras organizaciones representativas permanentes, tales como los centros de alumnos y la Federación de Estudiantes de Chile (FECH), determina el surgimiento del movimiento en cuanto actor colectivo propiamente organizado e institucionalizado. Desde entonces, la trayectoria histórica del movimiento estudiantil chileno ha experimentado numerosas coyunturas críticas, reformulándose en más de una oportunidad y modificando sus estructuras –tanto formales como informales– de funcionamiento, en atención a su rol respecto del cuerpo estudiantil cuya representación se atribuye, y del entorno que pretende interpelar.

En palabras de Muñoz y Durán (2019, p. 130), en Chile “durante el siglo XX las actorías sociopolíticas de los jóvenes se expresaron fundamentalmente en el mundo estudiantil, pues si bien es verificable la presencia de jóvenes partícipes del movimiento obrero o del movimiento poblacional –entre otros espacios colectivos–, no existió en estos una transmisión identitaria que relevara lo juvenil por sobre las referidas condicionantes estructurales”. De tal suerte, el movimiento estudiantil y sus organizaciones constituyeron un canal casi permanente de expresión para las heterogéneas sensibilidades de sucesivas

unidades generacionales en el país, con énfasis en sus élites oligárquicas y mesocráticas. No es extraño, por tanto, que la FECH y otras organizaciones surgieran al calor de “tres tendencias fundamentales: gran preocupación por la ‘cuestión social’; un anticlericalismo militante y mentalidad laica; [y] una gran fe en el progreso y en la ilustración como instrumento del campo social” (Tironi, 1985, p. 64).

Durante sus dos primeras décadas de vida, la FECH activó a los estudiantes de la Universidad de Chile en dinámicas de apoyo a sectores populares, mejoramiento de las condiciones de estudio en la universidad y, crecientemente, con una perspectiva nacional e internacional conducida por vanguardias iluministas y revolucionarias de tenor anticapitalista, cuya mayor expresión se produjo alrededor de 1920 (Góngora, 1981; Valenzuela y Weinstein, 1983). Sin embargo, la FECH no cumplió su objetivo de representar al conjunto de los estudiantes chilenos, limitándose en los hechos a la Universidad de Chile, ante lo cual la unidad del movimiento estudiantil nacional se convertiría en un tema de intensa discusión y confrontación en años venideros.

Luego de sufrir la represión y desorganización en los años de dictadura de Carlos Ibáñez del Campo, la FECH resurge con fuerza en 1930 bajo la dirección de Julio Barrenechea, encabezando el movimiento civil que derrocaría a Ibáñez (Moraga, 2007) y manteniendo gran vigor durante los años de inestabilidad política en Chile. Ya entonces, organizados en colectivos universitarios formalmente apartidistas –como el Grupo Avance–, los estudiantes representaban “los gérmenes políticos de las tendencias doctrinarias que años más tarde serían núcleos de grandes corrientes de opinión, tales como el Partido Socialista de Chile, el Partido Comunista, la Democracia Cristiana, los agrariolaboristas, etcétera” (Charlín, 1970, p. 680). Así, “el largo ciclo de radicalismo estudiantil” culmina con la llegada al gobierno del Frente Popular en 1938, que inserta progresivamente al movimiento estudiantil en la dinámica político-social del “estado de compromiso”, consolidando su institucionalidad propia, su vinculación con otros actores de la sociedad civil y con el Estado, estando la competencia interna de las federaciones estudiantiles estructurada en torno a identidades político-partidistas (Valenzuela, 1987, p. 33). Este arreglo, que se prolongaría por décadas no obstante verse sobrepasado en algunas coyunturas, se enmarca en una lógica de “imbricación entre organizaciones de base social y la estructura político partidaria, en tensión ambas hacia el referente estatal de la acción política”, que constituyó hasta 1973 la “columna vertebral” del sistema político chileno (Garretón, 1983, p. 17).

Así, hacia mediados de la década de 1950, la conducción del movimiento estudiantil era disputada por distintos sectores asociados a partidos políticos, con predominio de la centroizquierda en la FECH y del socialcristianismo en otras federaciones. En estos años, no obstante el fortalecimiento de los vínculos con el movimiento sindical, el movimiento estudiantil adoleció de severas dificultades para coordinar su acción, dada la inestabilidad interna de la Confederación Nacional de Estudiantes Universitarios (CNEU), que había nacido en 1949 al calor de las movilizaciones en contra de la “Ley Maldita” y cuya conducción se disputaban principalmente la izquierda y la Falange Nacional (Rojas Flores, 2022, p. 569; Karle, 2025, p. 92). Además, “los problemas sociales y políticos no dejaban tiempo para los problemas universitarios; los dirigentes [...] dejaron [el ideal de] la Reforma Universitaria de lado” (Tironi, 1985, p. 92).

En rigor, desde las primeras décadas del siglo, la reforma del sistema universitario había formado parte de la agenda del movimiento estudiantil chileno; sin embargo, a diferencia de sus vecinos, se encontraba mucho más “volcado hacia la sociedad en la que estaba inserto” en lugar de su comunidad específica (Moraga, 2007, p. 209). No había cristalizado hasta entonces un programa de transformación específicamente universitaria, que diese cuenta de un modelo institucional y académico alternativo al existente, y respecto al cual además existiera un potencial de movilización social que lo viabilizara. Los puntos más altos de protagonismo estudiantil se concentraban en torno a acontecimientos de trascendencia política nacional, tales como la caída de Ibáñez en 1931 y la promulgación de la “Ley Maldita” en 1948, mientras los movimientos “internos” no alcanzaban a configurar un panorama que permitiese consolidar la amalgama entre un proyecto claro y la fuerza para hacerlo viable, que caracteriza al movimiento estudiantil reformista fraguado a partir de 1957.

Articulación y consolidación orgánica (1957-1960)

La primera etapa del proceso de acumulación que busca registrar y escudriñar este trabajo transcurre entre 1957 y 1960, y se caracteriza por el origen de una forma particular de organización y consolidación orgánica del movimiento estudiantil chileno. Esta consolidación, que sienta las bases de lo que ocurre en años venideros, dice relación con tres procesos que ocurren en este período. El primero es la construcción de una forma orgánica robusta para coordinar a las distintas federaciones estudiantiles universitarias del país, un ejercicio que había atravesado muchas dificultades en décadas previas. El segundo es la incipiente cristalización de un predominio por parte de la Democracia Cristiana Universitaria (DCU) en dichas federaciones, lo cual a su vez agiliza las instancias de coordinación y permite insuflar un sentido de misión y pertenencia común en las principales dirigencias del movimiento, marginalizando decisivamente tanto a la derecha como a la izquierda estudiantil. El tercero es la incipiente politización del cuerpo estudiantil, al calor de diferentes acontecimientos que determinan el inicio de los “largos años ‘60” y posibilitan el despliegue de los proyectos globales en años venideros, apuntalando una politización de la sociedad chilena: los sucesos de abril de 1957; la confluencia de la izquierda luego de la unificación socialista y la legalización del PC; y la Revolución Cubana. Es pertinente consignar que, al comenzar este período, existían en Chile ocho universidades y el alumnado total bordeaba los 20.000, de los cuales la mayoría eran hombres y pertenecían a la Universidad de Chile (Garretón y Martínez, 1985, pp. 31-42).

A comienzos de 1957, la dirigencia izquierdista de la FECH –aunque no su presidencia falangista– participó enérgicamente en la agitación social que desembocó en los sucesos del 2 y 3 de abril de 1957, una revuelta popular de gran impacto en la cual los sectores marginales adquirieron un protagonismo inusitado, y que fue duramente reprimida por las autoridades (Milos, 2007). A partir de estos hechos, “en muchos jóvenes caló hondo una sensación de crisis social y nacional, y que debían impulsarse procesos de transformación estructural a la sociedad chilena” (Duharte, 2022, p. 41). Los jóvenes de la Falange Nacional, que el año anterior habían ganado la FECH por segunda vez consecutiva,

reivindicarían dichas protestas “a nombre de todo el pueblo chileno, porque fue su voz y su sangre la que se oyó y derramó”, responsabilizando a “las contradicciones económicas y sociales, que están sumiendo a las masas en el pauperismo más tenebroso”, aunque rechazando su identificación con la izquierda (*Reforma*, abril de 1958, nº 31, p. 1). Más adelante en 1957 ocurrirían dos hechos decisivos para la configuración interna del movimiento estudiantil. Primero, en julio, la Falange se fusiona con otros partidos para dar origen al Partido Demócrata Cristiano, proveyendo “lo fundamental de la ideología, el liderazgo y las proyecciones” del PDC (Yocellevzky, 1985, p. 289). Segundo, la recién formada Democracia Cristiana Universitaria (DCU) ratifica su predominio en el movimiento estudiantil en septiembre, en el V Congreso de la CNEU, que decide cambiar su nombre a Unión Nacional de Estudiantes (UNE).

El periódico oficial de la UNE se denomina *Reforma*, y circula regularmente con frecuencia mensual entre 1957 y 1960. Pese a su nombre, la reflexión sobre las estructuras universitarias tiene en sus páginas un rol secundario respecto del acontecer político nacional y, especialmente, de los asuntos internacionales. De hecho, el cambio de nombre de CNEU a UNE se había fundamentado en la necesidad de “uniformar con la denominación usada casi en todo el mundo para designar a los organismos que agrupan todo un país” (Karle, 2025, p. 97). Por estos años, los dirigentes estudiantiles viajan periódicamente al extranjero para participar en encuentros de distinta índole, desde donde recogen experiencias en distintas materias. No obstante, dentro de la UNE –controlada por la DCU– se acompañan dos procesos. Por una parte, un cambio orgánico tendiente a buscar la integración de la izquierda en sus estructuras, restringiendo sus propias atribuciones en favor de la autonomía de las federaciones, e implantando una “proporcionalidad estricta” en sus órganos directivos, a diferencia de la CNEU, donde las federaciones más pequeñas –menos proclives a la izquierda– tenían más poder en términos relativos (*El Diario Ilustrado*, 3/9/1957, p. 6). Si bien dichos intentos fueron ocasionalmente infructuosos, tales características se consolidarían en 1960. Por otra parte, las propuestas de “reforma universitaria” comienzan a ganar terreno, primero con algunos eventos y movilizaciones locales, y luego como prioridad en la reflexión del movimiento estudiantil nacional.

[H]ablar de la gran posibilidad de los movimientos estudiantiles, no significa sólo resultados espectaculares ya que hay cosas aparentemente poco llamativas que producen grandes efectos. Por ejemplo, la racionalización de la enseñanza universitaria, concebida tanto desde el punto de vista de evitar pérdidas de tiempo en estudios inútiles, como en adecuación de la enseñanza a las necesidades del país. [...] Pues bien, hay que reconocerlo: parece que la única manera de obtener una reforma universitaria en un plazo conveniente es que ella sea resueltamente impulsada por los organismos estudiantiles. (*Reforma*, agosto de 1960, p. 3)

Para conseguir dicho objetivo, la UNE enfatiza la importancia de ir más allá de los períodos anuales de cada federación y coordinar su acción en el espacio y el tiempo: el movimiento estudiantil requeriría, así, de una conducción nacional unitaria y prolongada. Estas condiciones comenzarían a generarse por la vía de los hechos: la DCU comienza a ganar

terreno aceleradamente en las distintas universidades del país. *Reforma* celebra los triunfos de la DCU este año como “la exteriorización de la conciencia pro-unitaria que se ha formado entre el alumnado de todas las Federaciones. Los estudiantes han comenzado a sentir, con toda efectividad, el cuerpo nacional que forman” (*Reforma*, noviembre de 1958, p. 3). La izquierda, que mantenía dudas y ambigüedad respecto de su participación en la UNE, comienza a perder relevancia. En 1960, la DCU encabezaba la FECH, la Federación de Estudiantes de la Universidad Católica (FEUC), la Federación de Estudiantes de la Universidad Católica de Valparaíso (FEUC-V) y la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile en Valparaíso (FECH-V). Así, desde la campaña presidencial de 1958, en la cual el democristiano Eduardo Frei Montalva emerge con gran fuerza electoral, la DCU “vio crecer y crecer sus filas de militantes [...] en las universidades se estaba produciendo una creciente politización de la juventud vinculada al activismo cristiano, con gran simpatía y apoyo a la DCU. Pero también una politización mayor en torno a los problemas gremiales del movimiento universitario y temáticas nacionales” (Duharte, 2022, p. 55). Para el PDC y su esfera, los movimientos juveniles eran “grupos de importancia estratégica para alcanzar influencia cultural, poder político y control social en la sociedad política nacional” (Palma, 2024, p. 324). En 1959, saludando el cuarto triunfo consecutivo de la DCU en la FECH, Patricio Aylwin –presidente del PDC– afirma que el partido “ha ganado el corazón de las universidades chilenas” y que “sólo la Democracia Cristiana ofrece a la juventud una perspectiva capaz de despertar su entusiasmo y de conciliar su amor a la tradición chilena con sus ansias de justicia” (*Política y Espíritu*, octubre de 1959, p. 28).

22

Como corolario de la creciente hegemonía DCU, en 1960, se plantearía la creación de la Unión de Federaciones Universitarias de Chile (UFUCH), en acuerdo con la izquierda, la derecha y los radicales, que constituían franjas ya marginales. En septiembre se da curso al Congreso de Unidad Universitaria, luego reconocido como I Congreso de la UFUCH, en el cual se elige al democristiano José Domingo Herrera como presidente. En él participaron las seis principales federaciones universitarias del país, mientras que las tres restantes se sumarían posteriormente a la Unión (*Política y Espíritu*, noviembre de 1960, p. 30). Con la UFUCH, que recoge los aprendizajes de la UNE y otorga “una tribuna nacional además de una articulación de los liderazgos de las federaciones” (Duharte, 2022, p. 66), el movimiento estudiantil universitario da un salto cualitativo y establece los contornos de la ruta que habría de seguir hasta 1967.

Elaboración y discusión estratégica (1960-1964)

En esta segunda etapa –entre 1960 y 1964–, sobre la base de organizaciones robustas y con funcionamiento periódico, se da lugar a procesos de elaboración detallada respecto al carácter que debe adquirir la Reforma Universitaria. Es posible identificar, al igual que en la etapa anterior, tres características salientes del período. Primero, la centralidad inusitada que progresivamente adquiere la discusión sobre la transformación interna de la universidad, la Reforma Universitaria, por encima de otras consideraciones, con un nivel de sofisticación también creciente. Segundo, la aparición de nuevas prácticas en el movimiento estudiantil,

tales como los trabajos voluntarios y las campañas nacionales organizadas por la UFUCH, que logra coordinar nacionalmente a las federaciones como no lo habían logrado antes la CNEU y la UNE. Tercero, la hegemonía prácticamente absoluta de la DCU entre las federaciones universitarias, triunfando durante estos años en la gran mayoría de las elecciones estudiantiles, con muy pocas excepciones, dotando así al movimiento estudiantil de una conducción nacional coherente y capaz de elaborar un proyecto más allá de una gestión federativa anual en una federación particular.

Comenzando la década, “la consolidación del apoyo juvenil a la Democracia Cristiana se hizo evidente como fenómeno político” (Palma, 2024, p. 397). Para 1961, la DCU mantenía bajo su control la FECH y la FEUC, además de la FEC, la FEUC-V, la FECH-V y la Federación de Estudiantes de la Universidad Técnica del Estado (FEUT). Las demás, de menor tamaño, se encontraban en proceso de institucionalización conducidas por estudiantes sin afiliación política. Por tanto, la hegemonía de la DCU en el país resultaba incontestada. Para algunos, se trataba de la ruptura de “una tradición pocas veces interrumpida de una dirección laica de los estudiantes” (Tironi, 1985, p. 93), si bien las corrientes socialcristianas habían tenido una presencia importante en el movimiento estudiantil –aunque no predominante– en décadas anteriores. Esta hegemonía se reforzaría año a año: para 1962 y 1963, la DCU nuevamente triunfó en todas las elecciones universitarias que disputó. Sólo para 1964 la izquierda logró recuperar la FEC, con el socialista Ariel Ulloa, aunque ya el año siguiente la testera volvería a ser ocupada por los democristianos (González, 2020, p. 144). De tal suerte, la mayoría DCU en la UFUCH era abrumadora. Ante este escenario, en el Congreso de 1962 la izquierda decidió restarse, argumentando, entre otras cosas, que resultaba impropio equiparar bajo una misma organización a las universidades católicas con las estatales, denominadas “libres” (Ponce, 2014, p. 101). No obstante, la DCU declara que “a pesar de los ataques de comunistas y socialistas, UFUCH ha demostrado tener el abrumador apoyo del estudiantado chileno y ha salido vigorizada de su Congreso” (DCU UC, 1962, p. 17).

Este apogeo democristiano se produjo en un contexto de expansión cuantitativa de la matrícula universitaria en el país, apertura de nuevas instituciones, sedes y carreras, procesos que “producieron diversos desajustes y desfases institucionales, en relación a la capacidad de absorción de los nuevos estudiantes, de sus necesidades económicas y materiales” (Duharte, 2022, p. 57). A su vez, algunas universidades comenzaban a efectuar procesos de “modernización”, incorporando unidades de investigación y ampliando sus funciones de extensión social (San Francisco, 2017, p. 55). En 1961, la revista *Mensaje* observa que “es un hecho que la universidad chilena está mostrando un cambio que ya es histórico, aún cuando no sepamos todavía toda su extensión y profundidad. [...] Nuestra juventud está ya, hoy día, viviendo como orientación básica y predominante, el dilema entre revolución socialista-comunista y una transformación democrática, de sentido cristiano y radicalmente reformista” (Gorbea, 1961, p. 585). El movimiento estudiantil comienza a responder a esta “encrucijada” en varias dimensiones. Luego del cataclismo de 1960, las federaciones organizan sucesivas campañas de trabajos voluntarios en el sur del país para aportar en su reconstrucción, y en el combate a la pobreza en un sentido más amplio. Estas instancias de “ayuda efectiva a la población obrera” ejercieron “un poderoso efecto concientizador

sobre los mismos estudiantes” (Krebs, Muñoz y Valdivieso, 1994, p. 628). La UFUCH define para 1963 una campaña nacional de alfabetización, que se lleva a cabo con gran éxito y movilización estudiantil (*Claridad*, octubre de 1963, p. 4).

Como corolario de lo anterior, el movimiento estudiantil encabezado por la DCU desarrolla una reflexión específicamente universitaria que se constituye como amalgama de dos inquietudes contrapuestas en su dirigencia: la preocupación en torno a la realidad del país y la conciencia de la necesidad de transformaciones estructurales profundas para resolver sus problemas, y el rechazo a una visión puramente “instrumental” de la política universitaria respecto al cambio social y la movilización popular externa, identificada usualmente con la izquierda. Una temprana síntesis es elaborada por la Convención de Estudiantes de la Universidad Católica, con mayoría democratacristiana, en 1962: “Un planteamiento sobre las relaciones de Universidad y Sociedad debe partir de lo que la Universidad es esencialmente y no de las presiones o de las influencias externas a ella. No creemos que a la misión propia de la Universidad se superponga una misión social *ad-hoc*. Su misión de investigación y docencia en el nivel superior es su misión social” (FEUC, 1964, p. 100). Esta visión “modernizante” enfocada en la investigación y la docencia es acompañada por una crítica a los mecanismos de elección de autoridades y toma de decisiones, así como a lo que se entiende como una insuficiente vinculación de las universidades con el país, expresada por ejemplo en la escasa proporción de estudiantes provenientes de sectores populares. En 1961 se produce el primer gran movimiento universitario reformista de la década, liderado por los estudiantes de la Universidad Técnica del Estado, que plantean junto a otras demandas la reforma interna, siendo apoyados por la UFUCH y las demás federaciones (Ireland y Rivera, 2016, pp. 141-153). Así, estas protestas “fueron estableciendo el escenario de instalación para el concepto de ‘reforma universitaria’”, que se intensifica entre 1962 y 1963 en numerosas convenciones, encuentros y documentos (Duharte, 2022, p. 82).

24

El tema de la Reforma Universitaria cobró una gran vigencia; también la Universidad debía entrar en los cambios. La crisis de la Universidad chilena se prolongaba desde hacía ya tiempo y la autoridad universitaria se había mostrado incapaz de resolver los problemas más fundamentales por su tendencia conservadora respecto de la realidad social, su tendencia profesionalizante y su gobierno poco democrático. [...] La Reforma no fue percibida por los estudiantes como un problema meramente corporativo. Ella pasó a ser, de algún modo, la tarea antioligárquica de los estudiantes al poner a la Universidad al servicio de una sociedad en proceso de cambio. (Tironi, 1985, p. 96)

Así, se define a grandes rasgos que la Reforma Universitaria es el aporte específico que los estudiantes pueden realizar al proceso de transformaciones al cual se aprontaba Chile, por lo cual esta debe ser la primera tarea de los organismos estudiantiles. Para los democratacristianos, “es indudable que tenemos hoy como universitarios una misión específica cual es la de luchar por cambiar de fisonomía la Universidad” (FEUC, 1963, p. 25). En 1964, la discusión sobre la Reforma Universitaria se consolida como temática prioritaria. El III Congreso de la UFUCH define la organización de un encuentro dedicado exclusivamente al problema de la reforma en agosto del mismo año, creando el “Seminario

Permanente de Reforma Universitaria” y estableciendo las principales líneas de trabajo en torno a un diagnóstico crítico del sistema universitario, al cual se identifica como reproductor de privilegios, desconectado de su entorno social e incapaz de otorgar una formación integral a los individuos (*Boletín UFUCH*, agosto de 1964). Por estos mismos días, la FECH crea un Departamento de Reforma Universitaria (*Claridad*, junio de 1964, p. 4), y la FEUC organiza su VI Convención de Estudiantes, que establece los principales ejes de trabajo y propuesta en torno a la Reforma (Krebs et al., 1994, pp. 631-642).

Junto con lo anterior, la campaña presidencial de Eduardo Frei Montalva coloca en un rol protagónico a la juventud organizando la “marcha de la Patria Joven” como hito clave de su campaña. Su triunfo electoral, y la llegada al gobierno del PDC, modifican el campo de acción política y social en el cual opera el movimiento estudiantil. Por lo pronto, la DCU repite sus triunfos federativos a finales de año, y el nuevo presidente de la FECH declara que “los cambios que durante la campaña presidencial prometió la Democracia Cristiana se harán realidad y a su servicio estará la FECH” (*La Nación*, 24/10/1964, p. 1). La FEUC democratacristiana sentencia: “Al nuevo gobierno responderemos con una nueva Universidad” (*Machitún*, noviembre de 1964, p. 3).

Radicalización y ejecución reformista (1964-1967)

25

Al comenzar este período, el movimiento estudiantil ya cuenta con una dirección política mayoritaria y coherente –la DCU–, una organización representativa con capacidad de coordinación nacional –la UFUCH– y un programa de reivindicaciones que constituye el núcleo de la Reforma Universitaria que se plantea impulsar, cuyas líneas generales quedan plasmadas en el encuentro de la UFUCH en 1964. Esta tercera etapa, que recorre entre 1964 y 1967, está inexorablemente marcada por el ascenso al gobierno del PDC. Ello determina en parte una radicalización del movimiento estudiantil universitario en dos planos: dentro de la propia DCU, donde ganan terreno las posiciones “rebeldes” y “terceristas”; y por fuera, donde aumentan su caudal electoral y de reclutamiento las opciones de izquierda y surgen nuevas, entre las cuales destaca el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) desde la FEC. Esta radicalización, sumada a la disposición reformista del gobierno democratacristiano y a la masificación del movimiento estudiantil –en un doble sentido: la activación y politización de más estudiantes, y el cambio en la composición del cuerpo estudiantil–, y a la existencia de un programa detallado de reforma elaborado en los años previos, desencadena diferentes procesos de reforma en las universidades del país a partir de 1967.

Si bien durante 1965 la DCU mantuvo el control de todas las federaciones universitarias, a finales del mismo año la izquierda obtendría su primer gran triunfo al recuperar la FEUT, con el comunista Alejandro Yáñez a la cabeza. Al año siguiente, los socialistas triunfarían en la FECH-Valparaíso y en la FEC irrumpiría el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (Duharte, 2021). Dentro de la propia DCU, además, los caminos comenzarían a bifurcarse. Mientras en la FEUC y otras federaciones regionales los dirigentes adscribían a la tendencia “rebelde” dentro del partido, que criticaba desde la izquierda al gobierno de Frei y busca radicalizar las transformaciones, la FECH se mantuvo dirigida por estudiantes afines

a la corriente “tercerista”, más moderada, lo cual determinó en parte que dicha federación fuese más cauta al momento de impulsar el proceso de reforma (Villar y Dip, 2023). De todas formas, en 1965 el impulso reformista ya tomaba cuerpo y se establecía como la principal demanda del movimiento estudiantil. En abril, la UFUCH –a la cual se reintegraron los comunistas, ante el rechazo de los socialistas y el MIR– convocó a un encuentro para “analizar el cómo avanzar en la Reforma así como en proponer una nueva legislación para la educación superior, e impulsar procesos reformistas en sus universidades”. Mientras la FEUC y la FEUT aumentaban el grado de agitación (Duharte, 2022, pp. 92-94), la FECH comenzaba a preparar su Convención de Reforma Universitaria, finalizada en 1966, con jornadas en las cuales se discutía acerca de los problemas y las propuestas estudiantiles (Huneeus, 1973, p. 121).

Uno de los giros más importantes, tanto en el discurso como en la acción, es la crítica directa hacia las autoridades. En palabras de Cox (1985, p. 18), hasta 1965 el movimiento había mantenido “absoluta candidez política”, la cual comenzaría a romperse visto el “empantanamiento de las proposiciones estudiantiles en una maraña de trámites y la consiguiente evidencia de la ineficacia del camino seguido”. Esta lectura es consistente con el avance de la izquierda en federaciones como la FEUT, la FEC y la FECH-V, con el triunfo de listas que cuestionaban la “tibieza” de la DCU. A estas alturas, el objetivo de la reforma era compartido, aunque hubiesen diferencias en cuanto a su profundidad y su proyección futura. 1966 es un año clave: en distintas universidades emergen protestas y movilizaciones que tienen como principal blanco de crítica la estructura orgánica de las instituciones. En abril, un paro en la Universidad Técnica Federico Santa María suscita la solidaridad del resto de las federaciones. *Claridad* califica a 1966 como “el año de la reforma universitaria”, mientras la FECH planteaba: “La solución no puede ser el fruto de una serie de medidas inconexas entre sí, adoptadas más por reacción frente a estímulos que por convencimientos, sino de acciones coordinadas pensadas, planeadas” (*Claridad*, mayo de 1966, p. 9). En julio, incidentes en el Pedagógico de la Universidad de Chile, la Universidad Técnica y otros campus dieron pie a un recrudescimiento de las tensiones (*Ercilla*, 6/7/1966, p. 4). A finales de año, *Ercilla* recapituló la situación general hablando de un “terremoto reformista” en las universidades (*Ercilla*, 26/12/1966, pp. 24-25).

Al iniciar 1967, las organizaciones del movimiento estudiantil convergían hacia “una posición definida”, como afirma la FEUC (Karle, 2025, p. 121). La reforma interna de las universidades ya se había definido como prioridad, se habían definido sus rasgos generales y se habían definido sus adversarios. Por tanto, lo que restaba era accionar con precisión y masividad la fuerza estudiantil de la movilización. A comienzos de año, Miguel Ángel Solar, presidente democristiano de la FEUC, afirma ante una comunidad de Curanilahue:

No nos olvidaremos [de Curanilahue] porque vamos a aplicar el espíritu que en Arauco hemos encontrado a nuestra universidad. Le vamos a exigir que cambie sus viejas estructuras y los hombres que las sostienen, para que se coloque al servicio de su pueblo, para que cumpla el mandato de la hora presente y se abra a todos los sectores sociales, que investigue la realidad de este país y elabore la tecnología, ciencia y cultura que la comunidad nacional le requiere. Que, en fin, sea la culminación intelectual del vivir de su pueblo, porque allí está su energía y vitalidad. (cit. en Cifuentes, 1997, p. 220)

En abril, Solar habla de “avanzar rápidamente hacia una nueva universidad”, afirmando la existencia de una “crisis de autoridad” que debe resolverse por medio de la renuncia de las autoridades vigentes (cit. en Cifuentes, 1997, pp. 218-219). Poco tiempo después advertiría desafiante: “Esperamos que salga una solución, y en caso contrario el conflicto va a venir” (Brunner, 1981, p. 146). Durante el primer semestre, conflictos locales en diferentes campus del país prepararían el escenario para los estallidos venideros. El 15 de junio de 1967, profesores y estudiantes de la Universidad Católica de Valparaíso, liderados por la FEUC-V, se tomaron la Escuela de Arquitectura, difundiendo un manifiesto que condensaba las ideas fuerza que animaban al movimiento reformista (Allard, 2002, p. 19). La toma se extendió poco después a la Casa Central, ocupación que duraría 45 días hasta zanjarse a principios de agosto, con un acuerdo favorable a los estudiantes (Huneeus, 1988, pp. 60-67). El 11 de agosto, la FEUC lideró a cientos de estudiantes para tomarse la Casa Central de la Universidad Católica y sus sedes aledañas, desatando un conflicto de gran intensidad en el cual llegaron a intervenir autoridades nacionales, y que también terminaría zanjado en favor de los reformistas, que conseguirían imponer a Fernando Castillo Velasco como nuevo Rector de la Universidad, bajo el mandato de transformar sus estructuras internas (Cox, 1985, pp. 25-31). El 14 de septiembre, la FEUT ocupó la Casa Central de la Universidad Técnica, con el respaldo de sectores de funcionarios y profesores, logrando al cabo de algunos días resultados similares a la FEUC-V y FEUC (Ireland y Rivera, 2016, p. 59).

27

La dinámica de estos tres procesos, aunque formalmente independientes, resultaría sorprendentemente similar. Los tres se anclaron en una trayectoria ascendente de varios años de elaboración de una propuesta alternativa de estructura universitaria, con instancias de agitación creciente al calor de conflictos locales en campus y facultades específicas. Los tres tendrían la toma de su respectiva Casa Central como punto de quiebre. Los tres llegarían, luego de las respectivas tomas, a acuerdos con sus autoridades que posibilitarían la convocatoria de comisiones de reforma y, eventualmente, nuevos rectores que impulsarían la modernización académica, la democratización interna y la apertura al país. Muy pronto, y al calor del éxito en estos procesos, se desencadenarían otros similares en el resto de las universidades. El movimiento estudiantil había llegado al apogeo de su poder, y su objetivo de transformar decisivamente las lógicas de funcionamiento interno, las normas y las estructuras del sistema universitario en Chile había sido exitosamente logrado.

Conclusiones y reflexiones finales

La trayectoria del movimiento estudiantil universitario en Chile, en la década que transcurre entre los años 1957 y 1967, resulta ejemplar en términos del recorrido que un conjunto de organizaciones sociales, adecuadamente coordinadas bajo una dirección coherente –aunque progresivamente tensionada hacia la izquierda– y objetivos claros, puede seguir para convertirse en un agente de cambio estructural dentro del espacio en el cual se desenvuelve periódicamente. Este artículo ha orientado el problema a partir de la evolución de los lineamientos políticos, ideológicos y estratégicos del movimiento estudiantil y sus organizaciones, identificando tres etapas en la formación y desarrollo de la Reforma

Universitaria por parte de los estudiantes: una de articulación y consolidación orgánica, otra de elaboración y discusión estratégica, y otra de radicalización y ejecución reformista. Así, los espectaculares triunfos logrados por el movimiento estudiantil entre 1967 y 1968, con sus diferencias y matices, deben entenderse necesariamente como la culminación de un proceso general de más larga data, en una sedimentación de conquistas, fenómenos y decisiones que pavimentaron el camino a la concreción de la Reforma Universitaria en todas las universidades de Chile.

La historia, sin embargo, debía continuar. Luego de la consolidación de los triunfos logrados por el movimiento estudiantil, la reforma “fue asumida por los académicos” y las preocupaciones estudiantiles derivaron nuevamente a la situación del país, que ya había comenzado a encenderse (Huneeus, 1988, p. 29). Entre 1967 y 1973, el movimiento estudiantil universitario en Chile pasó “del estallido de la esperanza a la pesadilla”, en palabras del dirigente comunista Alejandro Rojas (1988). Luego del triunfo de los movimientos reformistas en todo el país, que lograron implementar gran parte de los objetivos universitarios que se habían planteado en años previos, el segmento más activo del movimiento estudiantil ubicó su prioridad decisivamente en el campo de la política nacional (Karle, 2024). En la universidad, “despedidos de la estructura de poder los sectores tradicionales, el movimiento no tenía por qué ni contra qué luchar” (Cox, 1985, p. 37). Junto con ello, el quiebre interno del PDC en 1969 modificó la correlación de fuerzas en favor de la izquierda, que se volcaría a participar en el proyecto de la Unidad Popular luego del triunfo de Salvador Allende en 1970 (Guajardo, 2018). La DCU perdió todas las federaciones universitarias que alguna vez controlara, en manos de la izquierda o de la nueva expresión de la derecha: el gremialismo.

28

Hacia el final del gobierno de la Unidad Popular, la polarización experimentada por el país se trasladó también al movimiento estudiantil, que sufrió grandes tensiones y crisis. En palabras de Fernando Martínez, vicepresidente de la FECH en 1972, “el movimiento estudiantil dejó de tener vida propia, banderas propias y empezaron a jugar un rol preponderante las fuerzas políticas que estaban presentes en el movimiento. Se perdió completamente la organización estudiantil como tal” (Brodsky, 1988, p. 171). Semejante unidad de propósito y capacidad de articulación, como la que había posibilitado la reforma, parecía haber ya desaparecido del horizonte al momento de producirse el golpe de Estado que suprimiría la organización estudiantil democrática. Seguirían años de represión, censura y eliminación física de cientos de dirigentes y militantes juveniles, a la vez que el movimiento estudiantil habría de recorrer una larga travesía por el desierto hasta reencontrarse, durante las grandes protestas populares de la década de 1980, con su protagonismo y su institucionalidad perdida (Martínez y Valladares, 1988).

Como puede verse, la historia del movimiento estudiantil chileno, su relación con el sistema educacional y su entorno social en general, es prolífica en aprendizajes y fenómenos susceptibles de ser analizados en una perspectiva de larga duración. Su rol en la historia de Chile, así como de América Latina y el mundo, ha sido el de impulsar sucesivamente transformaciones de gran relevancia en la política y la sociedad. La Reforma Universitaria chilena, en este sentido, es un caso ejemplar de construcción política por parte del movimiento estudiantil, apoyado en organizaciones fuertes con alto nivel de institucionalización (Huneeus, 1988) y capaz de incidir directamente en la forma bajo la cual se estructura un

sistema de educación superior. Será tarea de futuras investigaciones explorar más detalladamente la relación entre el carácter político de la Reforma y las transformaciones académicas que produjo, así como profundizar en la dinámica interna de las federaciones y los grupos que impulsaron estos procesos. El movimiento estudiantil –y su papel como ideólogo, productor y ejecutor de cambios estructurales– tiene, aún, mucho por dar.

Fecha de recepción: 21/04/2025

Fecha de aceptación: 12/08/2025

Referencias bibliográficas

29

- Agüero, F. (1985). La reforma en la Universidad de Chile. En M. Garretón y J. Martínez (Eds.), *Biblioteca del Movimiento Estudiantil: Tomo III* (pp. 9-121). Ediciones SUR.
- Allard, R. (2002). *35 años después: visión retrospectiva de la Reforma 1967-1973 en la Universidad Católica de Valparaíso*. Ediciones Universitarias.
- Bernedo, P. (2017). *A 50 años de la Reforma Universitaria en la UC*. Ediciones UC.
- Bonilla, F., & Glazer, M. (1970). *Student politics in Chile*. Basic Books.
- Brodsky, R. (1988). *Conversaciones con la FECH*. CESOC.
- Brunner, J. (1981). *Universidad Católica y Cultura Nacional en los años 60. Los intelectuales tradicionales y el movimiento estudiantil* (Documento de Trabajo N° 127). FLACSO.
- Casali, A. (2011). Reforma Universitaria en Chile, 1967-1973. Pre-balance histórico de una experiencia frustrada. *Intus-Legere Historia*, 5(1), 81-101.
- Castillo Velasco, F. (1978). La Universidad de la Democracia. *Academia*, 9, 4-7.
- Charlín, C. (1970). *Del Avión Rojo a la República Socialista*. Quimantú.
- Cifuentes, L. (1997). *La Reforma Universitaria en Chile: 1967-1973*. Editorial USACH.
- Cousiño, C. (1980). *La reforma de 1967-1973 en la Universidad Católica de Chile*.
- Cox, C. (1985). La reforma en la Universidad Católica de Chile. En M. Garretón y J. Martínez (Eds.), *Biblioteca del Movimiento Estudiantil: Tomo II* (pp. 9-207). Ediciones SUR.
- Democracia Cristiana Universitaria UC. (1962). *Una obra comenzada. Tres años de auténtico gremialismo*.
- Dip, N. (2023). *Movimientos estudiantiles en América Latina. Interrogantes para su historia, presente y futuro*. CLACSO-IEC-CONEFU.
- Duharte, J. (2021). *Movimiento Universitario de Izquierda*. Escaparate.
- Duharte, J. (2022). *Una universidad y una juventud para la “Revolución en Libertad”: la experiencia generacional de politización universitaria en la Democracia Cristiana Universitaria, 1955-1965* [Tesis de maestría, Universidad de Santiago de Chile]. Repositorio USACH.

- Estrada, S. (2023). *La universidad que fue y será. Identidades y memorias en la UMCE, USACH y PUC durante la dictadura militar (1973-1989)*. Editorial USACH.
- Federación de Estudiantes de la Universidad Católica. (1963). *Hacia un humanismo universitario*.
- Federación de Estudiantes de la Universidad Católica. (1964). *La Universidad: nuestra tarea*.
- Flores, J. (2008). *Reforma y contrarreforma universitaria: el caso de la Universidad Austral* [Tesis de licenciatura, Universidad Austral de Chile]. Repositorio Digital UACH.
- Garretón, M. (1983). *El proceso político chileno*. FLACSO.
- Garretón, M., & Martínez, J. (1985). *Universidades chilenas: historia, reforma e intervención*. Ediciones SUR.
- Garretón, M., & Pozo, H. (1984). *Las universidades chilenas y los Derechos Humanos* (Documento de Trabajo N° 213). FLACSO.
- Góngora, M. (1981). *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX*. La Ciudad.
- González, J. (2020). El movimiento estudiantil de los 60 en el Gran Concepción. En D. Monsálvez (Ed.), *Los largos años 60 en el Gran Concepción, 1959-1973* (pp. 129-155). Al Aire Libro.
- Gorbea, J. (1961). La encrucijada de las reformas. *Mensaje*, 105, 585-586.
- Guajardo, F. (2018). *Alianzas y rupturas en la izquierda chilena durante los años '60: la Reforma Universitaria como campo de disputa (1967-1970)* [Informe de seminario de licenciatura, Universidad de Chile]. Repositorio Académico Universidad de Chile.
- Huneeus, C. (1973). *La reforma en la Universidad de Chile*. Corporación de Promoción Universitaria.
- Huneeus, C. (1987). El protagonismo político del movimiento estudiantil. *Realidad Universitaria*, 3, 48-54.
- Huneeus, C. (1988). *La Reforma Universitaria. Veinte años después*. Corporación de Promoción Universitaria.
- Ireland, T., & Rivera, F. (2016). *La UTE vive. Memorias y testimonios de la reforma universitaria en la Universidad Técnica del Estado, Chile 1961/1973*. Universidad de Santiago de Chile.
- Karle, C. (2024). “Estamos dispuestos a proletarizar el movimiento estudiantil”: Una experiencia generacional de radicalización juvenil en la Universidad Católica de Chile, 1967-1969. *Revueltas*, 9, 157-182.
- Karle, C. (2025). *Historia de la FEUC, 1938-2025. Su trayectoria e influencia en Chile*. Ediciones UC.
- Krebs, R., Muñoz, M., & Valdivieso, P. (1994). *Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile, 1888-1988*. Ediciones UC.
- Maldonado, J. (2025). “Rebelión en la ciudadela universitaria”: el movimiento estudiantil reformista de los años sesenta en la Universidad Técnica Federico Santa María, y el derrocamiento del clan Edwards. *Cuadernos Chilenos de Historia de la Educación*, 21, 7-28.
- Martínez, F., & Valladares, J. (1988). *La joven democracia. El movimiento estudiantil en Chile, 1973-1985*. Documentas.

- Milos, P. (2007). *Historia y memoria. 2 de abril de 1957*. LOM Ediciones.
- Monsálvez, D. (2022). *La Reforma Universitaria de 1968 en la Universidad de Concepción. Las controversias entre reformistas, revolucionarios, masones y cristianos*. Editorial Universidad de Concepción.
- Moraga, F. (2007). "Muchachos casi silvestres". *La Federación de Estudiantes y el movimiento estudiantil chileno, 1906-1936*. Ediciones de la Universidad de Chile.
- Muñoz, V., & Durán, C. (2019). Los jóvenes, la política y los movimientos estudiantiles en el Chile reciente. Ciclos sociopolíticos entre 1967 y 2017. *Izquierdas*, 45, 129-159.
- Palma, E. (2024). *Revista "Política y Espíritu" y su tiempo*. JC Sáez Editores.
- Ponce, J. (2014). En busca de la universidad democrática. La Jota universitaria durante la Reforma de los sesenta. En R. Álvarez y M. Loyola (Eds.), *Un trébol de cuatro hojas. Las Juventudes Comunistas de Chile en el siglo XX* (pp. 92-124). América en Movimiento.
- Portantiero, J. (1978). *Estudiantes y política en América Latina*. Siglo XXI Editores.
- Rodríguez-Gómez, R. (2019). La impronta autonomista en América Latina. En I. Ordorika, R. Rodríguez-Gómez, & M. Gil (Coords.), *Cien años de movimientos estudiantiles* (pp. 47-62). UNAM-PUEES.
- Rojas, A. (1988). El movimiento estudiantil, la reforma y la universidad en Chile, 1968-1973: de la explosión de la esperanza a la pesadilla. *Realidad Universitaria*, 5, 56-77.
- Rojas Flores, J. (2022). *Años turbulentos. Los comunistas durante el gobierno de Gabriel González Videla, 1946-1952*. Centro de Investigaciones Diego Barros Arana.
- Salcedo, D. (1975). *La Universidad de Chile y su reforma inconclusa*. Nascimento.
- San Francisco, A. (2017). *Juventud, rebeldía y revolución. La FEUC, el reformismo y la toma de la Universidad Católica de Chile*. Centro de Estudios Bicentenario.
- Scherz, L. (1988). Reforma y contrarreforma en la Universidad Católica de Chile (1967-1980). *Realidad Universitaria*, 6, 36-53.
- Tironi, A. (1985). Esquema histórico del movimiento estudiantil chileno: 1906-1973. En M. Garretón y J. Martínez (Eds.), *Biblioteca del Movimiento Estudiantil: Tomo I* (pp. 59-106). Ediciones SUR.
- Valenzuela, E. (1987). Estudiantes y Democracia. *Realidad Universitaria*, 3, 28-36.
- Valenzuela, E., & Weinstein, J. (1983). *La FECH de los años 20. Un movimiento estudiantil con historia* (Documento de Trabajo N° 16). Ediciones SUR.
- Villar, G., & Dip, N. (2023). Disputas políticas e ideológicas de los militantes comunistas durante el proceso de reforma universitaria en la Universidad de Chile (1960-1970). *Anuario IEHS*, 38(2), 135-159.
- Yocelevzky, R. (1985). La Democracia Cristiana chilena. Trayectoria de un proyecto. *Revista Mexicana de Sociología*, 47(2), 287-352.

Diarios

El Diario Ilustrado, La Nación.

Revistas

Boletín UFUCH, Claridad, Ercilla, Machitún, Política y Espíritu, Reforma.

Biografía

Cristóbal Karle Saavedra

Sociólogo, Magíster en Sociología y Licenciado en Ciencia Política de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Diplomado en Historia Política Contemporánea de la Universidad de Chile. Desde 2025, se desempeña como Asistente de Investigación del Laboratorio de Ciencias Sociales Aplicadas de la Universidad de los Andes, Chile, además de ser Investigador Asociado del Programa de Educación del Instituto Igualdad y Director del Archivo FEUC.